

Georghof

No lejos de Mitkau, una pequeña ciudad de la Prusia Oriental, se encontraba la finca de Georghof, que ahora, en invierno, rodeada de sus viejos robles, parecía una isla negra en mitad de un mar blanco.

La finca era pequeña —casi todos los terrenos habían sido vendidos— y la casa distaba mucho de ser un palacio. Constaba de dos pisos, y la parte superior de la fachada estaba rematada por un frontón semicircular adornado con un desgastado mangual de hojalata. La construcción se levantaba detrás de un viejo muro de mampostería, y antaño había estado pintada de amarillo. Ahora estaba totalmente cubierta de yedra, y en verano los estorninos anidaban en ella. Era el invierno de 1945 y las tejas castañeteaban: un viento gélido barría una nieve fina desde los sembrados hacia la granja.

Tendrían que quitar la yedra de vez en cuando o se les va a comer todo el revoco, les habían dicho a los dueños.

En el quebradizo muro de mampostería se apoyaban aperos oxidados y abandonados, y de los grandes robles negros pendían, oscilantes, guadañas y rastrillos. Hacía mucho que el portón había sido embestido por una cosechadora y desde entonces colgaba torcido de sus goznes.

El patio de la granja, con sus establos, graneros y casas para los peones, estaba un poco apartado. Los forasteros que pasaban por la carretera no veían más que la casa solariega. ¿Quién puede vivir ahí?, pensaban, y los acometía un poquito de envidia. ¿Por qué no detenerse y dar los buenos días?, se decían. Y también: ¿por qué no vivimos nosotros en una casa así, tan llena de historias? Qué injusto era el destino, pensaba la gente.

¡PROHIBIDO EL PASO!, rezaba un cartel colgado del gran granero: el acceso al parque no estaba permitido. Detrás de la casa, en el parquecillo y en el bosque que había tras él, debía reinar la calma: en algún sitio hay que poder volver en sí.

4,5 KM, ponía en el hito kilométrico blanqueado con cal de la carretera que pasaba delante de la casa rumbo a Mitkau y, en dirección opuesta, a Elbing.

Frente a la finca, al otro lado de la carretera, habían construido en los años treinta una colonia de casas todas iguales, limpias, cada una de ellas con su establo, su valla y un pequeño jardín. Las gentes que vivían allí se llamaban Schmidt, Meyer, Schröder o Hirscheidt, eran lo que se dice gente normal y corriente.

Los dueños de Georgenhof se llamaban Von Globig, Katharina y Eberhard von Globig, y eran miembros de la nobleza funcionarial guillermina desde 1905. El viejo señor Von Globig había adquirido la finca por una buena suma antes de la primera guerra mundial y en tiempos de prosperidad se había ampliado con los prados y el bosque. Luego, el joven señor Von Globig había vendido todos los terrenos, prados, sembrados y pastizales, quedándose solo una pequeña porción de terreno, e invertido el dinero resultante en acciones inglesas del acero y en una fábrica de harina de arroz en Rumanía que, si bien no permitía al matrimonio llevar una vida excesivamente opulenta, sí al menos

confortable y desahogada. La pareja compró un coche de la marca Wanderer, un coche que nadie más tenía en el distrito, y con él viajaban sobre todo al sur.

Ahora, Eberhard von Globig era oficial especialista del ejército alemán y estaba en la guerra. El uniforme le sentaba bien, incluida la guerrera blanca de verano, aunque las estrechas hombreras lo identificaban como oficial de intendencia y, por tanto, ajeno a todo lo que tuviera que ver con las armas.

A su esposa se la ensalzaba por ser una belleza de ensueño, de pelo negro y ojos azules. En gran parte por ella, en verano pasaban por Georgenhof amigos y vecinos que se sentaban a su lado en el jardín y la miraban con descaro: Lothar Sarkander, el alcalde de Mitkau —pierna tiesa y cicatriz en la mejilla—, el tío Josef con los suyos, procedente de Albertsdorf, o el profesor doctor Wagner, un solterón con perilla y gafas de montura dorada. A causa de la perilla, la cara del profesor resultaba de lo más familiar, e incluso los desconocidos lo saludaban por la calle. Wagner era profesor en la escuela que los frailes tenían en Mitkau y enseñaba Alemán e Historia (y Latín como optativa) a los niños de los cursos superiores.

Durante las vacaciones de verano, a veces venía de Berlín la prima Ernestine, con sus hijas Elisabeth y Anita, a las que les encantaba montar a caballo, escabullirse por la casa durante las fuertes tormentas de verano y comerse la leche agria que reposaba en cuencos sobre el alféizar de la ventana, con las moscas revoloteando. También les gustaban los carros de heno cuando aparecían tambaleándose camino abajo y buscar grosellas en el bosque.

Ahora, en época de guerra, la familia de Berlín venía sobre todo a abastecerse. Llegaban con bolsas vacías y se marchaban con ellas llenas.

El matrimonio Globig tenía un hijo al que habían dado el nombre de Peter: cara estrecha y delgada, pelo rubio ensortijado. Tenía doce años, y era silencioso como la madre y serio como el padre.

Pelo revuelto, mente revuelta, decía la gente al verlo, pero el hecho de que fuera rubio lo compensaba todo.

Su hermana pequeña, Elfie, había muerto de escarlatina hacía años. Su habitación aún estaba vacía, intacta, con la casa de muñecas cubierta de polvo y el teatrillo de marionetas. Todas sus cosas seguían colgadas en el armario decorado con flores pintadas.

En la granja también vivían Yago, el perro, y Zippus, el gato. Y caballos, vacas, cerdos y un gran número de pollos, con Richard, el gallo.

Había incluso un pavo, que se mantenía siempre algo apartado.

Katharina, la belleza de cabello negro vestida enteramente de negro, acariciaba el pelo de su hijo; a Peter siempre le había gustado que su silenciosa madre le acariciara el pelo, pero desde hacía poco se resistía al gesto con una enérgica sacudida de cabeza. Katharina nunca pasaba mucho tiempo con él. Lo dejaba solo, que era como a ella misma le gustaba estar.

También formaba parte de la familia la tía, una señorita entrada en años, enjuta, con una verruga en la mandíbula. Durante el verano vagaba por la casa con un vestido muy soso, siempre trotando de aquí para allá. Ahora, por el frío, llevaba unos pantalones de hombre debajo de la falda, y dos chaquetas de punto. Desde que Eberhard era oficial especialista y estaba en campaña, como decían —aunque en realidad estuviera en la retaguardia—, ella se encargaba de mantener el orden en Georghof. Sin ella, la tarea hubiera resultado imposible. «Las cosas no son tan sencillas...», decía, y así se las arreglaba día tras día.

—¡Hay que cerrar la puerta de la cocina! —gritaba por la

casa. Lo había repetido mil veces—. ¡Hay corriente en todas las habitaciones! —contra eso no había calefacción que valiera.

Se quejaba del frío: ¿por qué había ido a parar a la Prusia Oriental? ¿Por qué, por el amor de Dios, no se había ido a Würzburg, entonces, cuando aún tenía elección?

Llevaba en la manga un pañuelo con el que se sonaba una y otra vez la roja nariz. Las cosas no eran tan sencillas.

Con el estallido de la guerra se interrumpió el flujo de dinero: ¿acciones inglesas del acero? ¿Una fábrica de harina de arroz en Rumanía? Menos mal que a Eberhard le habían dado aquel puesto en el ejército. Sin el sueldo que le pagaban no habrían salido adelante. Las pocas yugadas de tierra que quedaban, tres vacas, tres cerdos y los pollos, proporcionaban un buen suplemento, pero había que cuidarlo. ¡Lo que sale de nada es nada!

Vladimir, un polaco pensativo, y dos vivaces ucranianas mantenían la explotación en marcha. Las ucranianas eran la corpulenta Vera y Sonja, una muchacha rubia con una trenza en torno a la cabeza. Las cornejas trazaban círculos alrededor de los robles y en las casitas para pájaros que ahora, en invierno, acogían visitas bastante regulares, los pajaritos recibían su parte. «Pajaritos» era como los llamaba Elfie, que llevaba ya dos años muerta.

Cuando el dinero todavía corría en abundancia, el matrimonio se había acondicionado una vivienda cómoda en el primer piso: tres habitaciones, baño, una pequeña cocina y un salón con vistas al parque, cálido y confortable, en el que Katharina podía escribir cartas o leer libros. Cuando Eberhard venía, no se les molestaba. Allí era posible cerrar la puerta detrás de uno, como ellos decían. No había que estar siempre abajo con la tía, que se metía en todo y sabía de todo. Que se levantaba todo el tiempo para ir a buscar algo y se quedaba sentada cuando menos falta hacía.

Ahora, en enero de 1945, el árbol de Navidad seguía en la sala. A Peter, su madrina de Berlín le había regalado un microscopio. Estaba sentado en la sala somnolienta, a una mesa no muy alejada del abeto, que perdía poco a poco las agujas. Por el tubo veía con precisión toda clase de cosas: cristales de sal y patas de mosca, un trozo de hilo, la punta de un imperdible. Junto a él tenía un cuaderno de notas, en el que apuntaba sus observaciones: «Jueves, 8 de enero de 1945; imperdible. Punta mellada».

Los pies los llevaba envueltos en una manta, porque había corriente. En la sala siempre había corriente, porque la chimenea con sus leños ardiendo hacía tiro y porque la puerta de la cocina estaba abierta siempre y continuamente, como lo expresaba la tía. Eran las ucranianas, que jamás aprendían a cerrar puertas. Eberhard las había conseguido a las dos en el este. Allí, en su pueblo, les había preguntado si querían ir a la grande y poderosa Alemania. ¿Berlín, cines, metro? Y habían ido a parar a Georgenhof.

Peter subía y bajaba el tubo del instrumento, y de vez en cuando se metía una galleta de jengibre en la boca.

—Bueno —decía la tía mientras recorría la sala—, ¿estás investigando?

En realidad, habría que barrer la nieve de la entrada..., pensaba. Pero, antes de pedírselo a nadie, era mejor hacerlo una misma. Además, el chico estaba ocupado; y quién sabía, quizá la pasión que tenía por aquel aparato diera frutos más adelante. La Universidad de Königsberg no estaba lejos, ¿verdad? Si el chico hubiera estado dando vueltas sin hacer nada, habría sido distinto.

—Déjale en paz —había dicho Katharina cuando la tía le había llamado holgazán.

Cuando Peter dejaba de interesarse por el microscopio, se ponía junto a la ventana y miraba los pájaros, que vagaban sin rumbo

porque, una vez más, se habían vuelto a olvidar de poner comida en las casitas. Luego contemplaba la lejanía con el catalejo de su padre, cosa que en realidad no debía hacer. Aquel catalejo no era un juguete, le habían dicho. Una y otra vez tocaba las lentes con los dedos grasientos, por no hablar de que desajustaba el enfoque.

—Alguien ha vuelto a tocar mi catalejo —decía Von Globig cuando, raras veces, venía a Georgenhof.

Peter miraba hacia Mitkau, donde junto a la torre de la iglesia se distinguía la chimenea de la fábrica de ladrillos. La escuela estaba cerrada a causa del frío. Vacaciones por frío, aquella expresión era nueva. La juventud podía quedarse en casa, pero las Juventudes Hitlerianas se encargaban de que no estuviera desocupada. Un día claro y gélido habían querido sacar a Peter de su habitación para ir a quitar la nieve del gran cruce de Mitkau, pero un resfriado le había impedido participar en aquella acción. Vuelve a estar acatarrado, había dicho su familia.

En cualquier caso, la tos y los estornudos no le impedían bajar con el trineo la pequeña ladera que había detrás de la casa, una y otra vez. Delante brillaba el sol, habría sido más bonito, pero se lo habían prohibido, porque de vez en cuando pasaba algún coche.

Luego volvía a dedicarse al microscopio. El perro Yago se tendía junto a él y apoyaba el morro en su pie derecho, y el gato se refugiaba entre el pelo del perro.

Qué estampa más divina, decían, el gato tumbado en la espalda de ese perro enorme.

Qué hijo tan amable tiene usted, decían los visitantes que se dejaban caer por Georgenhof procedentes de Mitkau, a una hora y media de camino a pie, ¡qué chico tan estupendo! Venían con bolsas vacías y se marchaban con ellas llenas.

El solterón profesor doctor Wagner se dejaba ver más a menudo y se ocupaba de Peter, ahora que las clases habían quedado suspendidas.

Cuando los chicos pasaban corriendo junto a él en los claustros de la escuela de Mitkau, al doctor Wagner le gustaba parar al «rubio» y preguntarle:

— ¿Qué tal, hijo mío? ¿Ha vuelto a escribir tu padre?

Y ahora que la escuela había cerrado por el frío, se ocupaba de él.

Durante el bello y cálido verano, había recorrido con sus alumnos el dorado mar de cereal y la rivera silenciosa del Helge, un riachuelo rodeado de prados que discurría por el campo trazando grandes meandros hacia la derecha y hacia la izquierda. Allí los chicos se habían quitado los pantalones y las camisas y se habían lanzado a las oscuras aguas. También, en ocasiones, habían corrido y chillado por el bosque hasta ir a parar a Georgenhof, donde les daban limonada y podían comerse un bocadillo acampados en el césped del parque: ¡alegres pájaros de verano!

En momentos así, el profesor sacaba del bolsillo su armónica plateada y tocaba canciones populares, mientras Katharina le escuchaba desde la casa.

Ahora, en el frío invierno del sexto año de la guerra, el doctor Wagner se pasaba a menudo por la casa. Llegaba a pie, a pesar del hielo y de la nieve, y también él solía venir con una bolsa vacía y marcharse con una llena. Se llevaba manzanas o patatas. A veces incluso un nabo, que, por otra parte, pagaba, porque la tía a menudo decía: «No crecen gratis». Por un nabo cobraba diez céntimos.

Al profesor le gustaba sentarse un poco con Katharina, cuando esta se dejaba ver. Le habría gustado cogerle la mano, pero no había motivo para hacerlo. La tía solía abrir los cajones cuando él venía, y luego los cerraba con aplomo. Aquello pretendía dar a entender que siempre había que hacer en una casa tan grande, aunque diera la impresión de que se pasaban el día ociosos.

A Wagner, dicho en sus propias palabras, le preocupaba un poco el chico, así que se metía con él en su habitación y le enseñaba cosas de las que nunca se había hablado en el colegio.

¿Catalejo y microscopio? En el laboratorio de Física del colegio había un pequeño telescopio, ¿por qué no llevarlo a Georgenhof para observar allí las estrellas con el chico? Nadie iba a notar la pérdida, lo devolverían cuando la guerra hubiera acabado.

El doctor Wagner se ocupaba del chico de forma totalmente desinteresada. Ni siquiera pedía cincuenta céntimos por la hora de clase. Se conformaba con unas patatas y media col.

El economista

Una tarde oscura llamaron a la puerta de la casa; el que había tirado de la campanilla era un hombre entrado en años que llevaba una gorra absurda y se apoyaba en dos muletas.

Haciendo uso de su linterna, Vladímir ya lo había visto venir hacia la granja en la oscuridad, y las dos ucranianas habían interrumpido sus labores y mirado por la ventana de la cocina, preguntándose quién sería ese extraño que se acercaba a la casa.

Yago se había puesto en pie y ladrado una o dos veces; ahora el desconocido ya estaba en la entrada. La campanilla volvió a sonar y Katharina abrió la puerta. El hombre pasó ante ella renqueando con las muletas y cruzó el vestíbulo, moviendo la pierna atrás y adelante, acompañado a cada paso por Yago. Llevaba una chupa verde de campesino con bolsillos al sesgo en los costados y unas orejeras negras. Las orejeras de la gorra estaban sujetas en lo alto de la cabeza con una cintita. Le ceñía el cuerpo una correa de cuero, y de esa correa colgaba un pesado portafolios de fuelle, como un acordeón.

Preguntó a Katharina y a la tiíta, que entraba con la sopa en ese momento, si podía calentarse un poco. ¡No había autobús, no circulaban los trenes, la carretera estaba cortada y corría un viento gélido! Había salido de Elbing y, desde Harkunen, había

venido a pie, cojeando hasta allí. ¡Qué situación! ¡Quién iba a pensarlo! ¿Quince kilómetros? ¿Con este tiempo? ¿Y a esta hora?

Se dirigía a Mitkau y había contado con encontrar una fonda en el camino, la Waldschlösschen, que aparecía reseñada en su mapa como un buen lugar para pasar unas vacaciones en familia.

De hecho, había pasado delante de ella, pero estaba cerrada, las puertas y ventanas atrancadas. Por allí andaba gente forastera, había escuchado toda clase de lenguas inarticuladas, checo, rumano...

Los forasteros se habían quedado mirándolo, con las manos en los bolsillos.

El hombre se llamaba Schünemann, había recorrido una distancia considerable en tren, otro trecho, desde Harkunen, en el carro de un campesino ¡y el resto a pie! ¡Con esta nieve!

Solo quería calentarse y descansar un poco, luego se iría enseguida. En algún sitio tenía que refugiarse, dijo, y miró a su alrededor...

¿Qué le había llevado a andar por el campo en esa época del año? ¿Y a ir precisamente a Mitkau?

Katharina miró al hombre. ¿Visita a esa hora del día? El hombre también la miró, no sin interés. ¡Demonios! Las cosas que escondía el campo... Esa mujer pertenecía por derecho a otro sitio. ¡Berlín! ¡Múnich! ¡Viena!

Cojeó hacia ella, impulsando adelante y atrás las piernas, y dijo que se llamaba Schünemann, que era economista de profesión —experto en economía *nacional*— y que no tuviera miedo, solo quería descansar un poco.

—Ah, calor... —dijo, se soltó la cartera del hombro y la tiró al sillón que había junto a la chimenea. Luego se abrió la chaqueta, se colocó, liberado de las muletas, junto al fuego y dejó que el calor bañara su cuerpo. ¡Calor! El perro se puso a su lado —qué

mira ese hombre en el fuego— y luego agitó brevemente la cola. Quizá todo estuviera en orden.

Luego también apareció el gato, que vino a curiosear.

El hombre se sentó junto a la chimenea, encendió una pipa y maldijo el día en que había decidido estudiar economía nacional, su padre le había obligado a hacerlo.

—Si me hubiera hecho carpintero... —dijo, volviéndose hacia la tía—. Pero ¡economía nacional, precisamente! —exclamó, como si tuviera que hacer a aquella gente partícipe de la necesidad de su vida.

Peter le preguntó qué era un economista.

—Bueno —respondió el hombre—, no es tan fácil de explicar. Si me hubiera hecho carpintero...

Luego preguntó si podía mirar por el microscopio. Le parecía que el espejo estaba mal ajustado.

No le gustaba la calma que reinaba en el este. ¿Esa calma tan peculiar, desde hacía ya semanas?, dijo, e inclinó la cabeza como esperando escuchar algo. Y como esa calma no le gustaba no iba a seguir su ruta hacia Insterburg, como había sido su primera intención, sino que iba a quedarse unos días en Mitkau. Luego volvería a toda prisa a Elbing y, por Danzig, a Hamburgo, donde vivía un primo suyo. Se quedaría en su casa.

—¿Vio el fuego anoche, señora? —preguntó a Katharina, que estaba poniendo en la mesa una lámpara de petróleo, porque volvía a haber un apagón. Luego se sentó; era la hora de la cena.

¿Fuego? No sabía nada... Era todo tan complicado... Cualquiera persona que dirigiera la palabra a Katharina tenía la impresión de que se había caído del cielo. Nunca se enteraba de nada, no tenía ni idea. No tiene luces, decían, pero es hermosa... muy hermosa. Era el centro de atención en todas las reuniones, aunque apenas dijera nada.

Pero, por lo demás, ¿qué otra cosa se podía decir de ella? Se refugiaba arriba, en su *boudoir*, y Dios sabe qué era lo que hacía allí. Leía mucho, o mejor dicho devoraba libros, porque entre sus lecturas desde luego no estaban Goethe y Lessing. De joven había sido ayudante en una librería, y desde entonces tenía la costumbre de leer los libros por encima, sin prestar atención a ninguno demasiado difícil.

Primero había que comer. El termómetro marcaba dieciséis grados bajo cero, y el barómetro indicaba que probablemente el frío iba a ir en aumento.

Quizá titubearon demasiado antes de invitar al caballero a sentarse a la mesa, donde ya reposaba la sopera, pero al final lo hicieron: le ofrecieron unas cucharadas, y él vació la pipa y se acercó con agilidad, se frotó las manos y repitió una y otra vez que solo quería descansar un poco.

Se sentó enfrente de Katharina y la contempló. ¿Una belleza meridional en este desierto, en el que el conejo y el zorro se dan las buenas noches?... Recordó las conocidas metáforas de Anselm von Feuerbach.

Katharina parecía querer decir que no podía hacer otra cosa. Tenía una llave en la mano, con la que jugueteaba; era la llave de su *boudoir*, que siempre mantenía cerrado. Estaba reluciente de tanto manoseo nervioso. Allí arriba, a nadie se le había perdido nada.

El hombre se había puesto en camino de manera un tanto irreflexiva, decían que desde el día siguiente habría controles en las carreteras de salida, se había colado justo a tiempo. Y había pensado que quizá un coche lo recogiera por el camino, pero la carretera estaba muerta... ¡ni una posada por ninguna parte! Al llegar a la Waldschlösschen había pensado: aquí nos quedamos... Y en el último momento había visto la casa solariega, escondida tras el muro, bajo los negros robles, y había pensado que allí

podría descansar y entrar en calor. Y seguir luego los pocos kilómetros que le quedaban hasta Mitkau.

Lo conseguiría.

¿La Waldschlösschen? ¡Por Dios! Antes había sido un local para excursionistas, ideal para familias y colegios, con terraza, el gran bosque y, detrás, el río ribeteado de pastos. Ahora los grandes ventanales estaban tapados con tablones claveteados, y servía de albergue para trabajadores extranjeros: rumanos, checos, italianos... gente a la que los vecinos llamaban chusma. Los rumanos no se lavaban los pies y los italianos, que ya habían traicionado al pueblo alemán en la primera guerra mundial, lo habían vuelto a hacer. Así que era gente con la que resultaba mejor no cruzarse.

Las dos ucranianas iban de vez en cuando allí y se quedaban más tiempo del que mandaba el decoro.

Georgenhof: la casa tenía algo de misterioso, quién podía saber lo que le espera a uno allí, había pensado el hombre. Y ahora estaba sentado a la mesa con aquella gente tan amable, tan simpática, y —eso era lo más hermoso— nunca se habían visto antes y ya sentían tanta familiaridad.

No se le había ocurrido pensar que iban a tratarlo tan bien. En aquella casa, desde luego, seguían vigentes los antiguos estándares de la hospitalidad.

Sacó de la cartera algunos cupones de racionamiento y se los tendió a la señora Von Globig, pero ella se los pasó a la tía, que sin duda era la encargada de esas cosas. Katharina, con su oscuro cabello recogido en alto, se llevó la mano al broche: ¿cupones de alimentos...?, pareció pensar. Todo era tan complicado...

—Guárdese eso —dijo la tía, y le sirvió la sopa. Pero luego vio que eran cupones de viajero, que no caducaban y que se podían canjear en todo lugar y momento, y los aceptó de

buen grado—. ¿Quién sabe lo que puede pasar todavía?
¡Las cosas no eran tan sencillas!

El hombre dio las gracias y se dijo: Ya veremos cómo sigo, primero a Mitkau, luego directo a Insterburg y, si no, a Allenstein. Y luego a toda prisa de vuelta a Elbing, y de allí a Danzig y Hamburgo. Y luego, hacia el sur. Pero primero había que tomarse la sopa, y repetía una y otra vez: «Ahhh, delicioso», y se frotaba las manos, y observaba con mucha atención lo que le servían en el plato. La sopa tenía bastante grasa y en ella flotaba algo de carne.

El hecho de que en aquella casa existiera el hábito de pronunciar una oración le venía al pelo. En su infancia, sus padres siempre habían hecho lo mismo. ¡Oh, aún se acordaba!

La vehemente tía, el chico rubio y la confusa Katharina, con sus ojos azules y su bozo debajo de la nariz, y en la mesa, la sopera con el espeso caldo.

¡Goong!, hacía el reloj de pared, ¡goong!

La sopa estaba muy caliente. El economista, que había estudiado en Gotinga y vivido mucho tiempo en la cordillera de Fichtel, hasta que se le había ocurrido la insensata idea de irse a la Prusia Oriental, como él decía, soplabla en la cuchara de tal modo que la lámpara de petróleo que había sobre la mesa parpadeaba. Mecía en la mano la cuchara sopera de plata y decía: «¡Ah, la cultura!», y le daba la vuelta y le enseñaba al chico el toque; enseguida se había dado cuenta de que la cuchara era de plata de ley.

—¿Ves lo que pone aquí? ¡Ochocientos! —y levantaba la cuchara en alto—: ¡Cada cuchara tiene un ochenta por ciento de plata! Y el cazo, una pieza maravillosa... ¿Cuánto crees que vale, muchacho?

¡Y la porcelana...! «Esto es... ¿no es...?» Pero no se le podía dar la vuelta al plato. Hasta entonces al chico nunca le había llamado la atención que en los platos hubiera pintado un paisaje completo de color azul, que iba apareciendo poco a poco con-

forme se empleaba la cuchara: árboles, un estanque con grullas y un barco con un pescador, inmortalizado en el gesto de sacar su red del agua.

Katharina pensaba en Berlín, en la Tauentzienstrasse, en que allí era donde había comprado la vajilla durante su noviazgo... ¿Georghof?, había pensado, quizá allí habría que atender invitados todo el tiempo. ¿Cuántos invitados? Por lo que sabía, en las fincas se celebraban fiestas. ¿En salas con velas parpadeantes?

Y por eso había comprado la vajilla para veinticuatro personas.

—¿Qué vas a hacer con todos esos platos? —le había preguntado su marido cuando el ajuar había llegado a Georghof, después de la boda.

Katharina venía de Berlín y solo había estado una vez en la Prusia Oriental, en el balneario báltico de Cranz, donde había conocido casualmente a Eberhard, tomando café y pastas. «¡Levanta el vuelo, águila roja!», tocaba la banda de la playa. «¡Viva mi tierra de Brandeburgo!» Habían tomado galletas florentinas y Eberhard había fumado cigarrillos con una chamuscada boquilla de espuma de mar que llevaba talladas las figuras de un hombre y una mujer. Y por la noche habían bailado el foxtrot en el entarimado que había en la playa.

¿Plata? ¿Porcelana? El economista se asombraba de que todas aquellas exquisiteces aún estuvieran en uso y no hubieran sido facturadas hacía mucho, escondidas en alguna parte o enviadas a Berlín o sabe Dios adónde.

—¿Y si vienen los rusos?

Más aún con toda esa gentuza merodeando. Comenzó a gotearle la nariz y sacó una especie de pañuelo, dejando ver que llevaba un anillo con un brillante en el dedo meñique.

—¿Qué cree usted que pasará aquí si todo sale mal?

Aunque no se había puesto a lamer la cuchara, estaba claro que quería comer más, así que la tía cogió la sopera con las dos

manos y vertió el resto de la sopa en su plato con un chapoteo.

Katharina se rio un poco, pero sin saber muy bien si procedía, o si la tía iba a tomárselo a mal.

«¿Cómo es que te has reído en un momento así? ¿Cómo has podido hacerlo?»

¿Si todo sale mal? ¿Qué quería decir ese hombre con eso?

Con eso se refería a los rusos, que estaban en la frontera. Cualquiera día podían avanzar y, entonces, ¡ay de nosotros!

Sacaron una fuente con manzanas, y el huésped también tuvo ocasión de servirse. Ensalzó el aroma de la fruta, y luego extrajo más cupones de viajero de la cartera y los dejó encima de la mesa.

Gracias al Señor porque es benévolo, y su bondad dura siempre, se dijo. Sí, él estaba de acuerdo de todo corazón.

¡Ah! ¡Cómo disfrutaba de esto!, exclamó el hombre. ¡Vida familiar!

—Su marido está en el frente, ¿verdad?

Y peló con las cuidadas manos la manzana que le habían entregado. Cuando terminó, le dieron otra.

No, dijo Katharina, en el frente no, su marido estaba en Italia. Ya había enviado algunas cosas preciosas desde allí, y llamaba siempre que podía.

—Primero estuvo en el este y ahora está en Italia.

—¡Y estos platos de postre! —exclamó Schünemann. Cada uno de ellos estaba pintado con una fruta distinta, dispuestas arbitrariamente, plátanos con uvas moradas y almendras, un pomelo, grosellas, higos... Enseñó al chico lo cuidadosa que era la ejecución de la pintura y le explicó lo que era una granada.

Al hombre no dejaba de asombrarle la frivolidad de seguir empleando aquella vajilla y esa plata... ¡debían empaquetarlo todo! ¡Por Dios! ¡Incluso los cuchillos de fruta con mango de asta de ciervo! No se podía confiar en aquella chusma de ahí enfrente.

—Si todo sale mal...

¿Quién podía imaginar lo que vendría después? ¿Los rusos? ¿Cómo saberlo? En aquellos momentos, dijo, el frente estaba sumido en un sueño profundo, pero eso podía cambiar con rapidez, tenía una sensación extraña... Al día siguiente iría a Mitkau y luego a Insterburg, y regresaría lo antes posible. Quizá también a Allenstein. No les dijo qué tenía que hacer en Mitkau e Insterburg.

—¡Tienen que llevárselo todo! —exclamó, como si a él le importase algo que no lo hicieran. Lo mejor era meterlo todo en un cesto, envuelto en paja, y enterrarlo. O enviar la plata a Berlín pieza por pieza, o a Baviera, o mejor aún a Hamburgo. Quizá podría preguntar a su primo si podía esconder todo aquello en su casa.

Luego se llevó un dedo a los labios, como si estuviera revelando un secreto, y susurró: la plata siempre conserva su valor. Tenían que enviar las mejores piezas, pero quizá era mejor que se quedaran con las cucharillas de café, que se podían emplear como moneda.

—¡Esto es dinero en efectivo!

Si uno era un fugitivo y, por ejemplo, tenía que cruzar un río, podía darle una cucharilla de café al barquero. ¡Plata! Un hombre así la agarraría con las dos manos. ¿Quién quería dinero en estos tiempos?

Katharina se lio un cigarrillo y la tía llevó la vajilla a la cocina. Jamás la había mirado con tanta atención... ¿Plata? ¿Mandarla a algún sitio? No era todo tan sencillo. Lo mejor sería que desde ese día fregara ella misma los platos de postre y no se los dejara a las criadas, que tal vez los repartieran por la comarca.

Vera y Sonja, las dos ucranianas, discutían a gritos en la cocina. Se pasaban el día discutiendo, sabía Dios por qué. Quizá ni siquiera discutían, quizá simplemente su intrincada lengua sonaba de ese modo.

¿O era por los rumanos de la Waldschlösschen? Entre aquellas gentes, entre los rumanos, checos e italianos, había tipos fornidos. Se les podía oír cantar. Cuando se pasaba por delante de la fonda, siempre se oía cantar a alguien. Y cuando las chicas se dejaban ver, se echaban la gorra hacia la nuca. ¡El italiano incluso se había puesto una pluma en el gorro!

El señor Schünemann contempló los retratos del zaguán, grandes y negros: representaban a dignos personajes de Potsdam y de las landas de Tuchel, aunque no se supiera exactamente a quiénes.

—Vaya, vaya, Berlín. ¿Wilmerdorf?

Al oír mencionar Wilmerdorf, Katharina volvió la cabeza. Había querido enviar allí a Peter por Navidad —quién podía saber lo que estaba por venir—, pero los de Wilmerdorf habían rehusado.

La familia de Berlín solo se dejaba oír cuando quería algo... Patatas, verdura, les habían enviado de todo, año tras año, incluso un ganso para las fiestas, pero no habían querido quedarse con el chico. ¿Quizá había sido mejor, vistos los ataques devastadores que habían sufrido allí?

El verano pasado aún habían enviado a sus dos hijas, Elisabeth y Anita, que habían pasado unas vacaciones muy buenas en el campo.

—¡Las relaciones están rotas para siempre! —dijo la tía—. ¡Para siempre!

—Ajá —dijo el economista.

Después de la comida, el caballero se aprestó a hacer una ruta por la casa. Recorrió con agilidad la sala, de arriba abajo, encajado entre las muletas, e incluso abrió la puerta que daba a la estancia contigua: ¡entró una corriente de aire helado! Era el salón de verano, construido antes de la guerra, pagado en efectivo con la venta de los terrenos y que casi nunca utilizaban. Ahora estaba lleno de cajas y cestas.

Dio una vuelta por la gélida estancia.

—¿De qué son estas cajas? —dijo, dándoles unos golpecitos con la muleta, pero luego lo dejó estar, cerró la puerta y regresó junto a los otros.

Aún quedaba otra estancia por ver. ¿Cómo? ¡Una sala de billar! Un billar de tamaño reglamentario, forrado en verde... Junto a la ventana, una mesa de juegos de pulimentado tablero, y en el rincón, un armario cuya puerta estaba decorada con incrustaciones de taracea. ¿Se guardarían puros y vinos en él?

Los trofeos de caza alineados en las paredes —cuernos, astas, una al lado de la otra, y una cabeza de jabalí disecada— eran herencia del viejo Globig. Del techo colgaba incluso una lámpara de astas entrelazadas. El viejo Globig había sido un gran cazador, su rifle Drilling y el fusil de repetición estaban colgados dentro de una moderna vitrina que, en realidad, no pegaba nada allí.

La tía seguía de cerca a aquel hombre, ¡no lo conocían de nada! Y le explicaba que allí era donde, en otro tiempo, los caballeros fumaban sus cigarros y jugaban al *whist*.

—Es mejor que cerremos la puerta.

En aquel salón se habían celebrado fiestas, dijo... Pero no era cierto: habían querido celebrar las fiestas allí, pero entonces había llegado la guerra. Y ahora allí había cajas con posesiones de los berlineses.

La tía empujó al huésped de vuelta a la sala, y él se paseó con sus muletas, se acercó al árbol de Navidad, que estaba perdiendo las agujas, y luego señaló con la muleta una esquinita de la alfombra:

—¿Es auténtica?

Por fin, vio también las tazas en un pequeño estuche de cristal y dijo: «¿Me permite?»; lo abrió y las examinó una tras otra. Las había que estaban decoradas con un paisaje, con unos niños patinando sobre hielo en primer plano. En algunas había moscas muertas dentro... Allí también estaba la boquilla de espuma

de mar de Eberhard, un poco chamuscada, pero interesante. Delante de las tazas había, metidas en historiados marcos de alambre, fotos sepia, abuelos, abuelas. El economista preguntó quiénes eran aquellas personas, y al no obtener respuesta miró a Katharina, pero ella no se levantó, estaba sentada a la mesa, fumaba y jugueteaba con una caja de cerillas.

La tía se acercó y señaló la foto de un oficial zarista de 1914, con una guerrera llena de cordones y una fusta en la mano. Corrían toda clase de historias acerca de él. Que había estado acuartelado en Georgenhof durante el ataque de los rusos de 1914 y que era un hombre decente y muy instruido. ¡Hablaban muy bien francés! Tenían mucho que agradecerle: había salvado la granja de ser incendiada. También había jugado al billar con los rusos.

En los años veinte, había vuelto a pasar por allí de improviso, después de huir de los sóviets a través de Finlandia. Tenía un aspecto desaliñado, carente de toda elegancia, y llevaba una gorra de piel en la cabeza. Señalaba hacia el este y repetía constantemente: «¡Oh, oh, oh!». Había pedido dinero prestado y había desaparecido para siempre, dejando la gorra allí. Era blanca, de piel de cordero persa.

En la tapa del estuche estaba también la foto del dueño de la casa, con casaca blanca de uniforme y la Cruz del Mérito en el pecho, aunque sin espadas.

—¿Es este su esposo, querida señora? —le preguntó el señor Schünemann a Katharina. ¡Sí, ese era su esposo!

Eberhard von Globig era uno de los especialistas que ayudaban a mantener el abastecimiento de la población alemana, explotando los recursos agrícolas de la zona oriental en favor del Gran Reich alemán. Durante aquella guerra, las cosas eran muy distintas que en la de 1914, cuando los alemanes habían tenido que alimentarse a base de nabos. Esta vez no había que irritar innecesariamente a la población, había que procurarle

una cantidad suficiente de alimentos. ¡Pan, mantequilla, carne y trenes enteros llenos de melones procedentes de Ucrania, la Rusia Blanca! Allí podían encontrarse toda clase de cosas. Trigo, aceite de girasol y quién sabe qué más. En cualquier caso, ahora todo aquello no eran más que ruinas humeantes.

Katharina se acordaba de un par de zuecos de madera pintados de colores que Eberhard le había regalado. Arte popular. Nunca se los había puesto.

—Vaya, vaya, Ucrania —le dijo con intención el doctor Schünemann a Katharina—. Menos mal que ahora su marido está en Italia... Eso está muy muy bien, oiga.

Con mano diestra, metió los dedos en el estuche y palpó el pequeño cajón: ¡un compartimento secreto!

¿Un compartimento secreto? ¿Era posible que hubiera en él florines de oro o francos suizos? No, el compartimento estaba vacío.

Junto a la foto de Eberhard se encontraba su última carta, con un sello azul del correo aéreo de campaña. Schünemann levantó la carta y se la llevó a la mesa. Acercó la lámpara de petróleo: ¿ese sello...? ¿Se engañaba? ¿Un error de imprenta? ¿El ala derecha del avión reproducido, desfigurada por una mella? ¿Un defecto en la plancha? ¿No? Bueno, entonces nada. La sombra de sus manos recorría las paredes mientras sostenía la carta debajo de la lámpara.

Olfatear la carta había sido ir un poquito lejos. ¡No había faltado mucho para que sacara la carta del sobre! Él mismo terminó por darse cuenta.

—Cómo se puede ser tan indiscreto —dijo—, pero la pasión, el celo... —volvió junto a Katharina y habló de personas que se dejaban arrastrar por toda clase de pasiones coleccionistas, libros viejos, monedas, ¡él sabía incluso de crímenes que habían

sido cometidos por gente que quería completar sus colecciones! El licenciado Tinius, que había matado en Leipzig a una viuda acomodada, todo por unos cuantos libros viejos...

Gesticulaba con la muleta, y el resplandor del fuego arrojaba sombras muy extrañas en la pared.

¡Los trofeos de caza en la pared, esas cosas, una junto a la otra, también tenían que ver con coleccionar y matar!

Katharina pensó en los cargamentos de trigo que su marido había preparado, año tras año, y en los trenes de mercancías con tierra vegetal que se enviaban de Ucrania a Baviera. La capa de humus de aquellos fértiles campos, que en algunos lugares tenía un metro de grosor, recogida y enviada a Baviera en largos trenes de mercancías.

De vez en cuando, Eberhard también había podido desviar algo para consumo privado, azúcar moreno, por ejemplo, algunos quintales de azúcar moreno.

Y ahora estaba en Italia y se encargaba de la incautación y el transporte de vino y aceite de oliva.

Katharina se puso en pie, estirando sus largos y gráciles miembros, y se arregló el pelo mientras se levantaba. ¡Chaqueta negra, pantalones negros, botas! Tendió al huésped un cuenco con galletas de jengibre que habían sobrado de Navidad.

Esas no, pensó la tía, esas eran las buenas, pero lo dejó estar, al fin y al cabo el huésped era un académico.

—¿Es usted profesor? —preguntó.

—No, no soy profesor. Soy economista. —Y habría preferido ser carpintero o dibujante...

El huésped dejó la carta en su sitio y se disculpó por su indiscreción: cuando veía sellos, se olvidaba de todo. Era un coleccionista, su pasión era la filatelia. Y ese sello de ahí... si no se equivocaba...

Echó mano a su bolso y sacó un álbum de sellos que llevaba metido entre calzoncillos y camisas. Lo hojeó y dijo que él solo

coleccionaba lo más refinado, solo lo mejor. Los sellos alemanes antiguos eran su especialidad. Y aquel álbum lo había comprado en Harkunen la mañana anterior. Había pensado: qué es esto...

Sacó unas pinzas del chaleco y explicó al chico los viejos sellos, la mayoría representaban números, pero también escudos de armas y coronas. De la venta de esos sellos, dijo, y señaló con las pinzas un sello que representaba al rey sajón Juan, se podía vivir bien un mes.

Mecklenburgo, Prusia y Sajonia... Qué cómodamente se vivía entonces, en la buena y vieja Alemania, y habló de codos, pies y millas, y de coches de postas con los que se viajaba de un país a otro, sin pasaporte y sin visado, y de cruzados, florines y chelines. E incluso imitó la señal del cuerno de las postas.

Por desgracia los prusianos habían aniquilado aquella fabulosa variedad, insistiendo en la unidad, la unidad, la unidad. El sello con la cabeza de Germania: era difícil imaginar algo más aburrido. ¿Germania con armadura? ¿Con unos platos de hierro cubriéndole los pechos?

La gente seguiría interesada en los viejos sellos coloniales después de la guerra, dijo, seguramente valdrían mucho dinero... Un sello de la Nueva Guinea alemana...

—Después de la guerra —dijo, y hojeó el álbum y suspiró—. Cuando uno piensa que después de Versalles los británicos quisieron incluso devolver las colonias a Hitler... Pero no.

Peter subió a su cuarto y bajó con su álbum de la marca Schaubek. Se lo tendió al huésped y le señaló algunos sellos: ¿tenían algún valor? El caballero no pudo por menos de reír: ¡por Dios, muchacho!

¿Qué edad tenía? ¿Doce? Justo la edad adecuada, nunca era demasiado pronto para empezar una colección. Pero aquellos sellos solamente valían unos céntimos.

—Tienes muchos sellos de Hitler, chaval —si los rusos venían

y veían esos sellos... ¿qué iban a decir? Pequeños retratos de Hitler... No lo tenía claro, y de pronto se volvió hacia Katharina —: Podría ser que por esto le quemaran la casa, querida señora. Trae tu caja de acuarelas —le dijo a Peter. Y luego pidió un cuenco de agua, cogió los sellos y pintó un punto negro encima de cada rostro de Hitler. Peter solo tenía que cubrir de negro todos los sellos de Hitler y borrarlo después de la guerra, así no habría problemas. Dejar esos sellos así... ¿Y si un ruso abrió el álbum y se encontraba la sonrisa del Führer cien veces repetida?

¿Los rusos? ¿Es que iban a llegar hasta aquí?, preguntó la tía, y volvió a ordenar las tazas dentro de su estuche. En ese momento, quizá se había percatado de que bien podía darse el caso. A fin de cuentas, había sido durante la guerra anterior cuando ella misma había llegado a Georgenhof.

Pero la guerra mundial de 1914 había sido una guerra muy distinta. Entonces los ánimos de la humanidad aún no estaban tan alterados. Esta vez las cosas no iban a ser tan civilizadas.

—Nosotros, los alemanes, tampoco somos ningunos inocentes... —dijo Schünemann, y alzó las cejas e hizo algunas alusiones que nadie comprendió en aquella casa. Pero nadie dijo nada. Se hizo el silencio y se oyó crepitar el fuego.

Entonces el caballero tuvo una idea. Sopesó el álbum que acababa de comprar por poco dinero en Harkunen —pesaba lo suyo—, pidió un sobre, despegó los sellos uno tras otro, con mucho cuidado, y los metió en el sobre.

—Para qué ir cargando con este álbum tan pesado, así es mucho más fácil. —Aunque, en realidad, era una pena.

Para terminar, señaló con las pinzas un sellito pardo, lo puso encima de la mesa, sostuvo la lupa encima y le dijo al chico:

—¿Eh, qué te parece? ¿Qué crees que pasa? —pidió una linterna e iluminó la parte inferior izquierda del dentado—. ¿Y bien? ¿No notas nada?

Y entonces le explicó que el dentado había sido reparado. Falta un solo diente y lo habían reemplazado. Habían raspado el papel, a pesar de lo fino que era, y habían pegado un diente diminuto de un sello totalmente distinto. Hasta las dos mujeres, la tía por la izquierda y Katharina por la derecha, se acercaron a verlo... Y animaron a Peter a traer el microscopio, quizá así pudieran ver el engaño con más precisión aún.

En ese momento, el caballero advirtió también que Katharina tenía un aliento limpio, lo que no se podía decir precisamente de la tía.

El economista habló de la destreza del género humano, riendo ligeramente. ¡Falsificar billetes! Tinta falsa, papel preparado... Todavía recordaba que en una ocasión, de niño, había falsificado la firma de su padre en un justificante que había colado sin más, sin que nadie se diera cuenta. ¡Y seguía vivo! El bachillerato, los estudios, todo fantástico. A veces pensaba que podían quitárselo todo solo porque de niño una vez había falsificado aquella firma.

Que se convirtiera en economista había sido una absurda idea de su padre.

—Carpintero, es lo que tenía que haberme hecho. O tornero... o qué sé yo.

Había metido todos los sellos en el sobre. ¿Qué hacía ahora con el álbum vacío? En la cubierta tenía un águila, con las alas desplegadas. ¿Al fuego con él? Se acercó a la chimenea y contempló los leños, que crepitaban desprendiendo su calor.

Dejó el álbum vacío encima de uno de los troncos y se quedó mirando cómo el águila se prendía fuego poco a poco y se hundía sobre sí misma. La buena y vieja Alemania, cómo se hunde...

Luego se guardó el sobre con los sellos en la cartera y dijo:

—Bueno, pues...

Tenía un montón de billetes en la cartera, eso se veía a simple vista.

El economista se dispuso a partir, pero lo retuvieron. ¿Salir ahora, en la oscuridad? Imposible, no iban a echarlo al frío y a las tinieblas. El viento aullaba en torno a la casa, y en algún sitio se oía rugir un avión solitario. Podía pasar la noche en el canapé. Era simple hospitalidad. ¡Cuánta gente había pernoctado en aquella casa! Y también estaba el cuarto de Elfie, arriba, en el primer piso. Pero estaría helado.

Peter pidió permiso al señor Schünemann para cruzar la sala con sus muletas.

—Tienes que decir *doctor*, niño —dijo la tía—, doctor Schünemann.

El caballero se puso cómodo en el sofá. Katharina trajo mantas y almohadas y el economista se las colocó bajo la cabeza. La familia le rodeó: ¿estaba bien así, o necesitaba algo más? Se despidieron y, cuando por fin se quedó solo, el hombre se envolvió en las mantas y miro cómo el fuego iba calmándose poco a poco en la chimenea.

¿Había una tienda de sellos en Mitkau?, preguntó. Hasta donde ella sabía, sí, dijo la tía.

A la mañana siguiente había desaparecido.

Cuando Katharina fue a llevarle el desayuno, naturalmente no faltaba nada, pero el sello había sido arrancado del correo aéreo de campaña del dueño de la casa. El hombre no había podido resistirse. A cambio, encima de la mesa había varios pliegos de cupones de viajero.

—Estas cosas sí que... —dijo la tía—. Estas cosas sí que...

La puerta estaba abierta. Al menos podía haberla cerrado. Naturalmente, Yago había vuelto a desaparecer, había aprovechado la oportunidad.